

verdadero tesoro. Aquí la tienes, pues, con su etiqueta y la fórmula de un agua cualquiera... ¡El agua de Juventa! Limézy la ha provisto de un tapón y sellado con lacre. Mírala. Dentro se ve un rollo de papel. Eso sería precisamente lo que deseabas quitarle a Jodot. Alguna confesión, ¿no? Alguna muestra comprometedora de tu letra, ¿eh?... ¡Oh, pobre Brégeac!...

Triunfaba. Mientras hacía saltar el lacre y descorchaba la botella, lanzaba al azar palabras e interjecciones:

— ¡Marescal, célebre en todo el mundo!... ¡Detención de los asesinos del rápido!... ¡El pasado de Brégeac!... ¡Qué efecto en los mundillos policíacos y judiciales!... ¡Sauvinox! ¿Tienes las esposas para la joven? Llama a Labonce y a Tony... ¡Oh! La victoria, la victoria completa...

Inclinó la botella. Salió el papel. Lo desplegó. Y, arrebatado por sus fogosos discursos, como un corredor al que su impulso precipita más allá de la meta, leyó, sin pensar al principio en la significación de lo que decía:

«Marescal es un idiota.»

X

HAY PALABRAS TAN IMPORTANTES COMO LOS
HECHOS

HUBO un silencio de estupor, que sirvió para prolongar la frase inconcebible. Marescal estaba alelado, como un boxeador que va a derrumbarse a consecuencia de un golpe en el vacío del estómago. Brégeac, amenazado siempre por el revólver de Sauvinox, también parecía desconcertado.

Y de pronto estalló una risa nerviosa, involuntaria, pero que, al fin y al cabo, sonaba alegremente en la densa atmósfera de la estancia. Era Aurelia, a quien el palmo de narices del comisario producía ese acceso de hilaridad, verdaderamente intempestivo. El mismo hecho de que la frase cómica hubiera sido pronunciada en alta voz por la persona ridiculizada en ella le arrancaba lágrimas de los ojos: «¡Marescal es un idiota!»

El calabacín la miró sin disimular su inquietud. ¿Cómo podía ocurrir que la joven pasara por tal crisis de alegría, dada la situación horrible en que se encontraba respec-

to a él, jadeando bajo las garras del adversario?

—¿Acaso no es la misma situación?—debió decirse—. ¿En qué ha cambiado?

Y, sin duda, relacionaba aquella risa inopinada y la actitud extrañamente tranquila de la joven desde que empezara la lucha. ¿Qué esperaba? ¿Era posible que en medio de acontecimientos que hubieran debido ponerla de hinojos conservase un punto de apoyo cuya solidez le resultara inquebrantable?

Todo ello presentaba un cariz verdaderamente desagradable y dejaba entrever una trampa hábilmente preparada. Continuar allí implicaba un peligro. Pero, ¿por dónde amenazaba? Además, ¿cómo admitir la posibilidad de un ataque, siendo así que no había descuidado ninguna medida de precaución?

—Si Brégeac resiste ¡se acabaron las contemplaciones!... ¡Una bala entre ceja y ceja!—ordenó a Sauvinoux.

Llegóse a la puerta y abrióla.

—¿No hay ninguna novedad por ahí abajo?

—Ninguna.

—¡Tony!... ¡Labonce!... ¿No ha entrado nadie?...

—Nadie, señor jefe. Pero, ¿ha ocurrido alguna escaramuza ahí arriba?

—No... No...

Cada vez más desconcertado volvió al despacho. Brégeac, Sauvinoux y la muchacha no se habían movido. Sin embargo—¡sin embargo!—, sucedía algo inaudito, increíble, no imaginable, fantástico, que le paralizó entre el marco de la puerta. Sauvinoux tenía en los

labios un cigarrillo apagado y contemplaba al recién entrado como si le pidiera fuego.

Era una visión de pesadilla, tan violentamente opuesta a la realidad, que Marescal no pudo encontrarle de buenas a primeras la verdadera significación que tenía. Sauvinoux, por una aberración que se le castigaría, quería fumar. Nada más. ¿Para qué buscar tres pies al gato? Pero, poco a poco, la cara de Sauvinoux se iluminó con una sonrisa de zumba, donde había tanta malicia e impertinencia bonachona que Marescal ya no pudo llamarse a engaño. Sauvinoux, el subordinado Sauvinoux, se trocaba insensiblemente en su espíritu en un nuevo ser que no era Sauvinoux, que no era un agente, que se pasaba al campo contrario. Sauvinoux era...

Marescal, en circunstancias ordinarias de su profesión, hubiera resistido más antes de creer en un hecho tan monstruoso. Pero los acontecimientos más fantasmagóricos le parecían naturales cuando se trataba de aquel a quien llamaba el hombre del rápido. Aunque Marescal no quiso pronunciar, ni en su fuero interno, las palabras inevitables de confesión y someterse a una realidad verdaderamente odiosa, ¿cómo esquivar la evidencia? ¿Cómo no darse cuenta de que Sauvinoux, notable agente recomendado por el ministro ocho días antes, era precisamente el infernal personaje a quien había detenido por la mañana y *que se encontraba actualmente en el Depósito, en las salas del servicio antropométrico?*

—¡Tony!—aulló el comisario saliendo por segunda vez—. ¡Tony! ¡Labonce! ¡Subid en seguida!

Llamaba, vociferaba, se movía, golpeaba, se daba contra las paredes como un moscón en los cristales de una ventana.

Sus hombres se le unieron rápidamente. Y les espetó:

—Savinoux... ¿Sabéis quién es Savinoux?... El sujeto de esta mañana, el sujeto de enfrente.... Se ha escapado, se ha disfrazado...

Tony y Labonce parecían aniquilados.

El jefe deliraba. Los empujó al despacho y, empuñando su revólver, ordenó:

—¡Manos arriba, bandido! ¡Manos arriba!... ¡Labonce! ¡Apunta también tú!

El dichoso Sauvinox, sin inmutarse, había plantado sobre la mesa un espejito de bolsillo ante el cual comenzaba a quitarse los afeites. Cerca de él había dejado la browning con que amenazaba a Brégeac varios minutos antes.

Marescal dió un salto hacia adelante, agarró el arma y retrocedió al momento, amenazando con ambos brazos.

—¡Manos arriba o disparo! ¿No lo oyes, cretino?

El cretino no parecía emocionarse. Sin hacer caso de las brownings encaradas a tres metros de él, se arrancaba los pelos que dibujaban patillas en su cara o que daban a sus cejas un espesor insólito.

—¡Voy a disparar! ¿No lo oyes, canalla? Cuando acabe de contar tres disparo. Una... Dós... Tres...

—Vas a hacer una majadería, Rodolfo—surró Sauvinox.

Y Rodolfo hizo la majadería. Había perdido el juicio. Disparó con ambas manos, al azar,

sobre la chimenea, a los cuadros, estúpidamente, como el asesino que, embriagado por el olor de la sangre, se dedica a dar puñaladas sin ton ni son en el cadáver jadeante. Brégeac se acurrucó ante la granizada. Aurelia no se atrevió al menor gesto. Ya que su salvador no procuraba protegerla, ya que dejaba hacer, era que no había nada que temer. Tan absoluta era su confianza que casi sonreía. Sauvinox, con un pañuelo empapado de grasa, se quitaba el colorete del rostro. Y Raúl aparecía poco a poco.

Seis detonaciones se habían producido. Aun flotaba humo. Había espejos rotos, mármoles quebrados, cuadros con orificios. ¡La habitación parecía haber sido tomada por asalto! Marescal, avergonzado por su crisis de demencia, se contuvo y dijo a sus dos agentes:

—Esperen en el rellano. Y en cuanto llame, vengan.

—¿Me permite, señor comisario?—insinuó Labonce—. Ya que Sauvinox no es tal Sauvinox, ¿no convendría atarlo? Le advierto que me olió a cuerno quemado desde que, la semana pasada, entró a sus órdenes. ¿Qué? ¿Le atamos entre los tres?

—Haz lo que te digo—ordenó Marescal, para quien la proporción de tres a uno no era, sin duda, suficiente.

Les hizo salir y cerró la puerta.

Sauvinox acababa su transformación, volvía del revés la chaqueta, arreglaba el nudo de la corbata y se levantaba. Parecía otro. El policia de antes, pequeño, enclenque y lastimoso, era ya un buen mozo dominador, bien

vestido, elegante y joven, en quien Marescal reconocía a su habitual perseguidor.

—Tengo mucho gusto en saludarla, señorita—dijo Raúl—. ¿Puedo presentarme? Soy el barón de Limézy, explorador... y policía desde hace una semana. Me había usted reconocido en seguida, ¿verdad? Lo he adivinado en el vestíbulo. Guarde silencio. Pero ría. ¡Oh, su risa de antes! ¡Qué agradable era oírlo! ¡Y qué recompensa para mí!

A Brégeac le saludó diciendo:

—A su disposición, señor mío.

Y dirigiéndose a Marescal, añadió jocosamente:

—¡Buenos días, querido viejo! Tú no me habías reconocido, ¿verdad? ¡Aun te preguntarás cómo he podido ocupar el puesto de Sauvinox! Porque tú creerás en la existencia de Sauvinox, ¿no es eso? ¡Ay, Señor Omnipotente! ¿A quién contaremos que hay un hombre que ha creído en la existencia de Sauvinox y que ese hombre tiene un cargo de muchas ínfulas en el escalafón policíaco? No, simpático Rodolfo; Sauvinox no ha existido; Sauvinox es un mito; Sauvinox es un personaje irreal, cuyas cualidades han sido ponderadas a tu ministro y cuya colaboración te ha sido impuesta por el ministro mediando la intervención de su señora. Por eso, desde hace diez días, estoy a tus órdenes; es decir, te he llevado por el buen camino, te he indicado la morada del barón de Limézy, me he hecho detener esta mañana y he descubierto, allí donde yo la había ocultado, esa mirífica botella que proclama esta verdad fundamental: «Marescal es un idiota».

Diríase que el comisario iba a lanzarse sobre Raúl y agarrarle del cuello. Pero se dominó. Y Raúl continuó con el mismo tonillo de broma que daba seguridades a Aurelia y que dañaba a Marescal como un latigazo:

—¿No las tienes todas contigo, Rodolfo? ¿Qué te produce ese hormigueo? ¿Te molesta verme aquí y no en un calabozo? ¿Te preguntas cómo he podido, al mismo tiempo, ir a la cárcel como Limézy y acompañarte como Sauvinox? ¡Vaya un detective! ¡Pero si eso se le ocurre a un mocosuelo! Es, mi viejo Rodolfo, muy sencillo. Como quiera que la invasión de mi domicilio ha sido preparada por mí, he sustituido al barón de Limézy por un sujeto espléndidamente pagado, que tenía con el barón un parecido bastante vago y al cual dí como consigna la aceptación de todas las desdichas que hoy pudieran sucederle. Guiado por mi vieja criada, has embestido como un toro al sujeto en cuestión, al que yo, Sauvinox, he envuelto inmediatamente la cabeza con un pañuelo. Y... ¡en marcha hacia el Depósito!... ¿Resultado? Tú, desembarazado del temible Limézy y, por tanto, absolutamente tranquilo, has venido a detener a la señorita, cosa que no hubieras hecho de estar yo libre. *Pero era preciso que esto ocurriese.* ¿Lo oyes, Rodolfo? Era preciso. Era preciso, sí, que nos reuniéramos los cuatro. Era preciso arreglar todas las cosas de manera que no necesitaran más arreglos. Y ahora están bien, ¿verdad? ¡Qué a gusto se respira! ¡Qué libre se siente uno de tantas pesadillas! ¡Qué agradable es, incluso para ti, pensar que

dentro de diez minutos la señorita y yo vamos a decirte adiós!

Marescal, a pesar de la corrida en pelo que le estaban dando, había recobrado su sangre fría. Quiso aparentar tanta tranquilidad como su adversario. Y, con ademán negligente, cogió el teléfono.

— ¡Oiga!... ¿Quiere ponerme en comunicación con la prefectura de policía?... Gracias... ¿Es la prefectura?... Que se ponga al oído el señor Philippe... ¿Eres tú, Philippe?... ¡Ah! ¿Ya se han dado cuenta del error?... Sí. Estoy más al corriente de lo que te figuras... Oye... ¡Ven con dos ciclistas!... Aprisa, ¿eh?... Aquí, a casa de Brégeac... Llama... De acuerdo, ¿eh?... No hay que perder ni un minuto.

Dejó el aparato y miró a Raúl.

— Te has descubierto demasiado pronto, pollo—dijo, mofándose a su vez y visiblemente satisfecho de su nueva actitud—. El ataque ha fallado. Y ¡ya conoces la respuesta! En el rellano, Labonce y Tony. Aquí, Marescal y Brégeac, que, en fin de cuentas, no gana nada contigo. Eso, por de pronto, para el caso de que se te ocurriera la locura de libertar a Aurelia. Además, dentro de diez minutos, habrá tres especialistas de la prefectura. ¿Te basta?

Raúl se ocupaba muy seriamente en hincar cerillas en una ranura de la mesa. Plantó siete por la cola a continuación una de otra y la octava aparte.

— ¡Caramba! —exclamó—. ¡Siete contra uno! Eso es tremendo. ¿Qué va a pasar?

Alargó la mano con timidez hacia el teléfono.

— ¿Me permites?

Marescal le dejó hacer, aunque redoblando la vigilancia. Raúl, a su vez, dijo con el aparato a la boca:

— Central... Número Elíseo 22-23... Gracias... ¿Es el presidente de la República?... Señor presidente: envíe con urgencia al señor Marescal un batallón de cazadores de infantería...

Marescal, furioso, le arrebató el teléfono.

— Basta de tonterías, ¿eh? Supongo que no habrás venido aquí para hacer el bufón. ¿Qué te propones? ¿Qué deseas?

Raúl puso una cara de gran desolación.

— ¡No comprendes el humorismo! El caso es que pocas ocasiones habrá como ésta de bromear un poco.

— ¡Habla claro ya! —mandó el comisario.

Aurelia suplicó:

— Se lo ruego...

Raúl contestó riendo:

— Usted, señorita, teme a los individuos de la prefectura porque no suelen andar muy sobrados de cortesía. Tiene usted razón. Hablemos.

Su voz cobraba una entonación más seria. Y repitió:

— Hablemos... ya que te empeñas, Marescal. Además, hablar es obrar; y nada equivale a la fuerte realidad de ciertas palabras. Si yo soy el amo de la situación, lo soy por razones todavía secretas, pero que he de exponer si quiero dar a mi victoria una base inquebrantable y... convencerte.